

ESPERAMOS AL PRINCIPE DE LA PAZ, AL SALVADOR, AL MESIAS, AL SEÑOR

Tengo la experiencia de acercarme a la Navidad de innumerables formas... Y creo que le sucede lo mismo a casi todo el mundo. Todos los años, la Navidad se me acerca como luz que ilumina hasta el fondo mi presente. La estrella que anunció el nacimiento del Salvador, me lleva a mirar al cielo, a adorarlo y a reconocer en qué "tierra" estoy poniendo morada. El camino de vida que posibilitó a los pastores oír las voces de los ángeles y llegar al pesebre se presenta como *norte* para las sendas que voy trillando o como *denuncia* cuando pierdo el norte.

Es un acontecimiento que se nos acerca y nos pone en movimiento, tal como puso a los pastores y a los magos del oriente. Sin preguntar, sólo con presentarse, nos "saca" espontáneamente una respuesta. No es posible contemplar el misterio del amor trinitario en la indignancia de este Niño y quedar igual.

Es frecuente escuchar que es una fecha que habla a todo corazón humano y delante de la cual nadie se queda indiferente. Lo dicen personas de lo más diversas. Notamos en este tiempo de Navidad todos los movimientos que provoca, todas las salidas de sí -hasta la locura de los regalos-, que tienen en definitiva su motor en desear que el Bien nos abrace a todos. El sufrimiento ajeno, que en el día a día pasa por nosotros casi sin darnos cuenta, nos afecta más, nos "molesta", quisiéramos que nadie sufriera en Navidad. "Que nadie se quede solo en Navidad".

Parece que surge en el aire el deseo interior de paz, de comprensión y de amor que llevamos dentro; que estos deseos salgan fuera y venzan, al menos durante este tiempo, a las defensas y barreras que utilizamos cada día.

Todas estas formas de acercarnos a la Navidad tienen en común una esperanza escondida. La esperanza de una humanidad que se rija por la bondad y la acogida, por la solidaridad y la justicia, por la paz y el perdón. Como si este tiempo fuera favorable para creer que sí es posible la comunión porque ahí está la llave que permite entrar en nuestro "mundo" interior y hacer morada: un Niño envuelto en pañales que, sin armas y con su pobreza, nos desarma.

Tal vez sea la época del año que más nos acerca al anuncio del Señor: "Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos".

*"Fuente de la Vida".
Moriv K.26.
Escultura de
Dorothea
Steigerwald.*



Pero al mismo tiempo parece que este "mundo interior" se va haciendo cada día más débil, más pequeño, más fugaz, más estrecho de horizonte, y cada vez más condicionado. Como si los deseos que nacen de dentro fueran luciérnagas que se encienden y se apagan sin verdaderamente iluminar. Bonitas de ver, pero no sirven como la estrella para orientar.

A veces tengo la sensación de que todo lo que es "talante", es decir don recibido para ser continuamente entregado y por eso mismo estable y continuo, se va reduciendo a lo puntual y a la circunstancia. No es que no seamos luz y sal como nos llama a ser el Señor. Pero existe una diferencia entre llamados a ser luz del mundo tal cual y ser luz tanto cuanto "siento" o nos enchufen; entre ser sal de la tierra siempre y ser sal "a la carta" de cada uno. Nuestro "mundo" se va reduciendo, nuestra "tierra" se va empobreciendo.

Parece que todos estos movimientos de bondad y de entrega son cada vez más de nuestra medida, es decir, limitados y finitos, cuando lo mejor de nosotros es este Dios y Señor que, desde aquella noche de la Encarnación, habita nuestros corazones, justo porque un día, en su amabilísima voluntad, amó tanto al mundo que decidió darnos a su Hijo, haciéndose Él uno de nosotros y revelándonos que en Él está el proyecto de salvación.

Podemos transformar la Navidad en una especie de cuento de hadas, que nos maravilla y cuando termina volvemos como si nada a la vida banal,

cuando "la vida toda, en su grandeza y en su miseria, que a mí hoy me envuelve, es el lugar encarnatorio para reconducir las cosas al Padre [...] Más que hacerme presente a la escena, es el misterio mismo el que está apareciendo en el presente" (S. Arzubialde, sj).

Estamos más que nunca necesitados de Dios. No es posible quitarnos de la cabeza el 11 de Septiembre y lo que vino después. ¿No será que la paz que anhelamos surge más del miedo al conflicto y a la guerra que de la percepción y certeza de la presencia de Dios en el mundo, de la común vocación al Reino a la que nos llama a todos el Príncipe de la Paz? Él es la Paz. Nuestra Paz. Tal vez la paz que anhelamos se esté volviendo también pequeña. Tal vez la paz que anhelamos se parezca más a la que nos da el mundo que a la que nos ha dejado Jesús en herencia.

Tal vez fuera bueno prepararnos y esperar que la Navidad de este año nos pille de rodillas, sedientos de encontrarnos con el Salvador, capaces de confesar una necesidad enorme de salvación personal y un deseo de que su carne y su sangre, su modo de proceder, sean nuestra vida y alimento.

Más que nada es "el escándalo de la cuna", ver a Dios, uno, omnipotente y eterno, vaciarse de sí mismo por nuestro amor, querer perderse entre la muchedumbre, hacerse pequeño y sufrir la muerte sólo con el fin de que sea imposible para el ser humano separarse de Él: Dios se hace hombre, Dios toma nuestra carne para salvarnos, para que su carne sea la nuestra.

Si esto es así, ¿porqué no nos cambia la contemplación de la Encarnación?

"La Encarnación de Dios es el caso irrepitiblemente supremo de la realización esencial de la realidad humana. Y tal realización consiste en que el hombre es entregándose [...] Sólo cuando nos hayamos hecho cargo de lo que esto significa seremos verdaderamente cristianos" (K. Rahner).

¿No sería la dinámica de la encarnación para cada uno de nosotros un auténtico "magis" ignaciano?

Tal vez este año, al llegar la Navidad, nos ayude contemplar al Niño, a María y José y dejar que nuestro corazón se llene de ternura, de mansedumbre, de compasión, de esperanza, de buena voluntad...

Y tal vez nos ayude, también, contemplar al Niño y ver al salvador y Señor, entender todo lo que significa la voluntad de Dios -que el ser humano viva-, querer ser de su carne -de su familia, de los que escuchan la Palabra y la ponen por obra- y entregarnos todos por entero a su servicio.

Tal vez en esta Navidad nos ayude contemplar a este Dios hecho Niño y desear que la voluntad de salvación que le hizo querer ser de nuestra carne conquiste nuestro corazón y nuestra vida de forma que nos lleve a ver su carne y su sangre en toda realidad humana, de forma que nos lleve a querer ser alimento de salvación para el mundo.

Os anuncio una gran noticia: hoy en Belén ha nacido el salvador, Cristo el Señor.

Irene Guia, aci



"Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada"